



El Padre y los hijos

Los sabios de Israel hicieron del *mashal* (la comparación o parábola) un recurso privilegiado de interpretación de la Escritura, especialmente en sus comentarios bíblicos (*midrashim*). Las parábolas de Jesús pertenecen a la misma tradición que las parábolas rabínicas, más allá de las diferencias de acento que pueden adoptar en cada caso. La paternidad de Dios es uno de los temas compartidos, como muestra la siguiente parábola rabínica:

«Una huérfana fue educada por un tutor, que era un hombre bueno y digno de confianza; la educó y la cuidó muy bien. Algún tiempo después quiso casarla. En el momento de firmar el contrato el escriba le preguntó: ¿Cómo te llamas? Ella respondió: Fulana. Pero cuando preguntó cómo se llamaba su padre, ella lo miró en silencio. Su tutor le dijo entonces: ¿Por qué te quedas muda? Ella respondió: Porque no conozco más padre que a ti, ya que es padre el que educa a un hijo, no el que lo engendra.

La huérfana es Israel, como está dicho: «Estamos huérfanos, sin padre» [Lam 5,3]. El tutor bueno y fiel es el Santo, bendito sea, al que Israel comenzó a llamar Padre nuestro, como está dicho: Señor, nuestro Padre eres tú» [Is 64,7].

Exodo Rabba 46,5



Un largo camino a casa

Otro tema abordado con frecuencia por los maestros es el de la conversión o *retorno* a Dios (*teshuvah*). Una bella parábola explica que este retorno es imposible que el hombre lo realice solo. El mismo Dios sale a su encuentro para que el hijo alejado pueda alcanzarlo:

«Parábola de un hijo del rey que estaba separado de su padre por una distancia de cien días de marcha. Sus amigos le decían: ¡Vuelve al lado de tu padre! Pero él les respondía: no puedo. No tengo fuerzas para ello. Entonces su padre le mandó decir: Haz lo que puedas, camina según tus fuerzas, y yo iré y haré el resto del camino para llegar hasta ti. Así también el Santo, bendito sea, dice a Israel: Vuelvan a mí y yo volveré a ustedes [Zac 1,3]».

Pesiqta Rabbati 44

La parábola del Evangelio de Lucas (15,11-32) hace un planteo semejante, en el cual la alegría del encuentro es el tema central. ➡



El hijo perdido

I

Jesús dijo también: «Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de herencia que me corresponde". Y el padre les repartió sus bienes.

Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida licenciosa. Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones. Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos. Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba.

Entonces recapacitó y dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!". Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros".





La ruptura con el Padre

Se suele llamar a este relato la parábola del hijo pródigo, pues el derroche de la herencia es lo más llamativo. Pero algo grave ya ocurre antes del despilfarro. Según el derecho el potencial heredero no puede reclamar la herencia, sino que es el propietario quien puede llegar a asignarle sus bienes antes de su muerte. Tampoco se puede disponer de la herencia en vida del padre.

«Si uno asigna sus bienes a su hijo para después de su muerte, este padre no podrá vender nada, porque los bienes fueron asignados al hijo. El hijo, por su parte, tampoco los puede vender, porque están bajo la potestad del padre».

Mishná *Baba Batra* 8,7

En la parábola el hijo se desubica al reclamar a su padre y, además, hace un uso ilegal de aquello que aún no puede utilizar. Se comporta con su padre como si éste ya hubiese muerto. El hijo mayor, a quien también se reparte la herencia, respeta la potestad del padre, al punto de depender de él para disponer de un cabrito para hacer una fiesta con sus amigos (15,29).



El hijo prófugo

Con esa actitud el hijo menor rompió los vínculos con su padre y, de este modo, también con su hermano y con la comunidad con la que viven. La partida a un país lejano agrava la situación porque, además de rebelde, se convierte en prófugo:

«No se considera hijo rebelde y contumaz en tanto que no robe bienes paternos y no los consuma en territorio de dominio ajeno. ... [Sus padres] deben amonestarlo ante tres jueces y hacerlo azotar. Si de nuevo comete actos viles ha de ser juzgado por ventitrés jueces, pero no habrá de ser lapidado en tanto no estén allí los tres primeros».

Mishná *Sanhedrín* 8,3-4

En esta situación el fugitivo es plenamente consciente de que no ya no merece ser llamado hijo. Ni siquiera puede pretender que lo traten como un asalariado extraño. El retorno a su pueblo es sumamente arriesgado. Pero la posibilidad de morir primero de hambre no le deja margen de elección.



El abrazo del Padre misericordioso

II

Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: "Padre, pecqué contra el Cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus servidores: "Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado". Y comenzó la fiesta.

Evangelio de Lucas 15,20-24

En la situación gravemente delictiva en que se encontraba el rebelde, la prisa de su padre por alcanzarlo y abrazarlo es más que es una cálida bienvenida: es un acto de protección hacia una persona culpable a quien sus conciudadanos podían linchar legalmente. Vestirlo y ponerle un anillo (con sello) es demostrar públicamente que ha sido acogido como miembro de la familia y no como un jornalero extraño.



Festejando la vuelta a la vida

No exagera el padre al declarar el motivo del festejo: la muerte del hijo no era una simple metáfora de su vida arruinada, sino una dramática posibilidad, porque estaba condenado por un grave delito. Si el hijo vive no se debe tanto a su decisión de retornar a la casa, sino a la acogida del padre, que le restituyó su amparo familiar.

El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya cerca de la casa, oyó la música y los coros que acompañaban la danza. Y llamando a uno de los sirvientes, le preguntó que significaba eso. El le respondió: "Tu hermano ha regresado, y tu padre hizo matar el ternero y engordado, porque lo ha recobrado sano y salvo" (Lc 15,25-27).

De acuerdo a la inmensidad de la alegría no es desproporcionada la dimensión del festejo. La cantidad de carne (un ternero gordo), la presencia de coros y las danzas hacen suponer que mucha gente concurrió. Como es frecuente en ámbitos rurales, tal vez toda la aldea asistió a la fiesta. Eso significaría, además, que aceptaban la decisión del padre de reintegrar al hijo rebelde en la vida de la familia y de la comunidad.



La intransigencia del hermano mayor

III

El se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: "Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!". Pero el padre le dijo: "Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado".»

Evangelio de Lucas 15,25-32

Puede parecernos rencorosa la negativa del hijo mayor de participar de la fiesta, sobre todo cuando se compara su enojo con la alegría del padre. Sin embargo es lo que cabía esperar de un miembro de una sociedad tan pendiente del honor y la vergüenza. La actitud del padre no encaja en esos valores: tampoco él se ha comportado como se esperaba, pues se ha mostrado inconvenientemente débil.



Una parábola sobre un Dios diferente

El relato contiene notas marcadamente contraculturales. Sorprende a los oyentes con un comportamiento paterno muy diferente de lo esperado de su rol patriarcal. Ahí se manifiesta precisamente la intención de Jesús. Él ha contado la historia para justificar su comportamiento, que también era desaprobado: «Este acoge a los pecadores y come con ellos» (Lc 15,2).

De esta manera se apoya en un modo de razonar que no es habitual, como sucede en todas sus parábolas. Dios es diferente a los hombres. No podemos imaginar a Dios obrando con los criterios a los que nos hemos acostumbrados.

En esta parábola Jesús presenta un padre que no se conforma con el rol masculino socialmente honorable, sino que aparece como débil porque elige la compasión y el amor por encima del honor. De esa forma Jesús hace reflexionar a sus oyentes sobre las ideas acerca de los padres y de Dios como Padre.



Un debate pastoral

Ciertamente la imagen paternal de Dios asumida por los otros maestros no quedaba reducida a la autoridad y al rigor. Incluía también la compasión, que acoge y perdona. Y esta imagen es la que utilizaban para invitar a la conversión:

«Un padre envió a decir a su hijo [que se había desviado]: Hijo mío, ¿acaso un hijo se avergüenza de volver junto a su padre? Si vuelves, ¿acaso no vuelves a tu padre?

Así también el Santo, bendito sea, envió a Jeremías a los hijos de Israel hundidos en el pecado y le dijo: ... Hijos míos, si volvéis, ¿acaso no es a vuestro Padre a quien volvéis? –De dónde sabemos esto? De lo que se ha dicho: «Porque soy un Padre para Israel [Jer 31,9]».

Deuteronomio Rabba 2,24

La diferencia se da en los criterios respecto a la acogida. El criterio tradicional recomendaba el perdón como consumación de la conversión del pecador. Sigue siendo el punto de vista de muchos cristianos. Jesús presenta la conversión como resultado del perdón que previamente se ha ofrecido.

Por eso la conversión implica también el cambio de mentalidad del justo, no sólo del pecador.

Preparado por Fray Domingo Cosenza op

www.domingo.org.ar



Asociación Civil
Santo Domingo
de Guzmán

Viva en Gracia
Jóvenes 



Asociación Civil
Santo Domingo
de Guzmán